



**SECRETOS DE HIELO**

MARTA SEBASTIÁN PÉREZ

# Secretos de hielo

# Marta Sebastián Pérez

A todos los que luchan por hacer un mundo mejor...

A mis bichas, Sara y Lucía, mi razón de ser, mi empuje para  
cambiar el mundo y luchar contra las injusticias...

## PRÓLOGO

No podía parar de llorar. Intentaba secarse las lágrimas mientras conducía. El corazón jugaba con ella. De golpe parecía que se le iba a salir del pecho y, de pronto, sentía que se paraba, que dejaba de latir. Y le faltaba hasta el ire.

Conducía sin saber a dónde. O, al menos, no era consciente de hacia dónde. Hasta que se encontró aparcada justo delante del portal. Se quedó mirándolo fijamente. Esperando que su conciencia hiciera acto de presencia. Luego, al darse cuenta de que no había ningún Pepito Grillo diciéndole que parará, salió del coche y fue hasta el portal.

El portero la saludó con una sonrisa. Y no se lo pensó. Subió en el ascensor hasta el último piso y fue directa hacia su puerta.

Le abrió con cara de sueño. Con el pelo enmarañado y llevando únicamente el pantalón del pijama. Su pecho y sus brazos al descubierto. Demasiado de su piel delante de su vista.

—Preciosa, ¿qué haces aquí?

Parecía realmente sorprendido de verla. Y ella no supo qué decir. No le salían las palabras. Tampoco quería hablar. No quería pensar. Por una vez en su vida lo que quería era dejarse llevar.

Se lanzó hacia él. Se refugió en sus brazos y buscó con ansiedad su boca. Se apretó contra él. Y él reaccionó como

ella necesitaba. La rodeó con su brazo. La introdujo en la casa. Cerró la puerta que daba a la calle y la apoyó contra ella, devorándole la boca.

Durante unos instantes todo desapareció. Todos los horribles sucesos de las horas anteriores se evaporaron, se diluyeron... Y una pasión hasta ese momento desconocida tomó el mando de su cuerpo. Él la acariciaba por completo. Sus besos eran intensos. Y se apretaba contra ella, presionándola, no dejando ni un solo rincón de su cuerpo sin contacto. ¿En serio se había perdido todo esto hasta ahora?

Y, de pronto, él la detuvo. Se separó levemente de ella y la miró fijamente a los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Bésame.

Lo agarró por el cabello y se abalanzó sobre él. Sabía que antes o después tendría que asumir todo lo que había pasado, pero no quería que fuera en ese momento. No. Si hubiera querido hablar habría ido a otro sitio. Un sentimiento de culpabilidad la invadió unos instantes. Luego se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo deseando hacer eso. Ya era hora.

Para su frustración, él no parecía tan convencido.

—Preciosa, ¿qué ha pasado? Me encanta que aparezcas así en mi casa, pero...

Se echó para atrás dudando. ¿Y si se había confundido? ¿Y si todo había estado únicamente en su mente?

—Creía que era lo que deseabas.

Se dio la vuelta, dispuesta a abrir la puerta para volverse por donde había llegado. Muerta de vergüenza, llamándose internamente de todo. Él la detuvo y volvió a darle la vuelta.

—Te deseo desde la primera vez que te vi. Y lo sabes.

—Pues, entonces, aprovéchate.

## 1

—No os confundáis. Según la ONU, el 28 % de las víctimas de trata en todo el mundo son niños. Y de estos, el 79 % son niñas. Y pensaréis que eso solo pasa en África y América Central o del Sur. Es cierto que el porcentaje es mayor allí. Sí. Pero en Europa nos encontramos con datos de hasta el 25 %. Las niñas representan un 17 % del total de las personas sometidas a la trata. Un 17 % tienen entre doce y diecisiete años. Y no. No vamos hacia un futuro esperanzador. Todo lo contrario. En España podemos encontrar una tendencia ascendente de la trata de menores.

Paró un momento. Aprovechó para dar la vuelta a la página donde tenía apuntado su pequeño discurso y miró al auditorio. Silencio. Un silencio abrumador y, a la vez, esperanzador. Esperanzador porque había conseguido captar toda su atención, porque la gente parecía escucharla. Suspiró. Los nervios poco a poco habían ido desapareciendo. Continuó con su discurso:

—Y no. El problema no se limita simplemente a esta trata de menores. No. En un solo año en nuestro país se han detectado 13 818 menores víctimas de abusos. Lo repito. 13 818. Una cifra que nos debería poner la piel de gallina y encogernos el corazón. Y más si nos damos cuenta de que, fácilmente, hay muchísimos más casos que no han podido ser detectados. Cada día treinta y siete niños son maltratados. Este evento dura dos horas. Mientras nosotros estamos aquí, tres niños están siendo maltratados.

Vio a la gente moviéndose incómoda en su asiento. A su responsable mirándola fijamente. Le había advertido seriamente con eso. No le gustaba que la gente se molestara. Le daba igual. Ella solo estaba contando la verdad. Si ellos se sentían culpables no era problema suyo. No era un tema con el que andarse con remilgos. A ella no le gustaban este tipo de eventos. Prefería estar con sus pacientes. Pero sabía que eran necesarios. Y ya que estaba aquí, ya que le tocaba dar ese discursito, al menos removerles la conciencia y sacar fondos.

—13 818 menores. De esos casi el 5 % fueron agresiones sexuales. ¿Parecen pocos? ¿Y si os digo que son 687 menores? Ya no parecen tan pocos, ¿verdad? 687 menores, 463 de ellos niñas, a los que se les ha robado la infancia, la inocencia. Niños que no solo han sido agredidos sexualmente, sino también emocional, psicológica y físicamente. Entre 2014 y 2015 las violaciones crecieron casi un 12 % en menores de trece años y más de un 21 % en adolescentes.

»Son datos escalofriantes, datos que nos demuestran que hemos fracasado como sociedad. Datos que deberían hacer que nos rebeláramos, que nos deberían poner de pie para buscar una solución. Una solución que pasa por visibilizar la problemática para prevenir nuevos casos, crear un registro realmente unificado de casos de sospecha de maltrato infantil, formar a más especialistas, a profesores y a los cuerpos de seguridad para que sean capaces de detectar estos casos.

»Y sí. Tener una ley que realmente proteja a estos menores. Tenemos que crear una verdadera red de apoyo. Que estos menores sepan a dónde acudir, demostrarles que, aunque su casa haya sido un infierno, existe un lugar que ellos puedan llamar hogar. Y eso, señores, amigos, está en nuestras manos. Muchas gracias por venir.

Y dicho eso se alejó del micrófono para bajar del escenario. La gente aplaudía, pero ella solo tenía ganas de huir. De huir o de tomarse una copa bien cargada para olvidar el mal rato que había pasado con todo eso. No entendía la manía de su responsable de que fuera ella quien diera esos discursos. Si luego siempre protestaba por cómo lo hacía. Lo vio acercarse a ella. Alto, moreno, bien trajeado. De esas personas a las que la ropa le quedaba como un guante. Le sonreía. Pero no era la primera vez que se acercaba a ella con esa sonrisa para, a continuación, echarle la bronca.

—Has estado increíble.

—¿Pero? —Cogió la copa de vino blanco que él le ofrecía esperando su charla.

—Hoy no hay peros. Quizás demasiados números para esta gente, pero creo que has conseguido removerles la conciencia, si es que tienen.

No pudo evitar reírse. Era todo un alivio que a su jefe le gustaran tan poco como a ella ese tipo de eventos. Con lo fácil que sería que esas personas simplemente donaran el dinero y ya está. Pero no. Tenían que montar ese circo. Tenían que hacerse la fotito pertinente. Tenían que dejarse ver. Y no dudaba que la causa les importara, pero les importaba más su imagen.

—Algún día tendrás que explicarme por qué me haces venir a mí a este tipo de eventos.

Mientras hablaban se dirigían a su mesa, donde los esperaban sus más importantes benefactores. Donde les tocaba seguir con la sonrisa y con todo ese espectáculo.

—Eso es fácil. Eres joven, emprendedora, conoces el día a día de las víctimas y eres mucho más atractiva que el resto

de tus compañeras. Y, por supuesto, que yo.

Se paró, escandalizada por sus palabras. Así que estaba ahí por ser bonita.

—No te me ofendas ahora. Vivimos en una sociedad en el que un mismo mensaje dicho por una persona u otra nos afecta de diferente manera. Y todos somos más receptivos si quien nos lo dice es agradable de ver. Y eso no significa que no te considere una de las mejores trabajadoras que he tenido en la asociación.

—Me acabas de recordar una de las cosas que tenemos que cambiar de esta sociedad. —Rubén se rio. Y ella se mosqueó un poco más.

—Pues mientras lo cambias, déjame que disfrute de las vistas. —Le retiró la silla para que se sentara en su sitio. Ella le echó la bronca con la mirada y él continuó hablando en un susurro—. ¿O por qué crees, Ada, que nunca me traigo a mi mujer a estos saraos?

Se sentó en su asiento intentando hacer caso omiso a la última frase de su jefe. Sabía que bromeaba, que adoraba a su mujer. ¿Cómo no hacerlo? Era una mujer fuerte, activa, de ideas muy claras, y que trabajaba para UNICEF. El mayor problema para su relación era que se pasaba más tiempo fuera de España que en su casa. Pero ellos parecían llevarlo bien. Ella no sabía si sería capaz de mantener una relación así.

En el fondo era mucho más tradicional de lo que le gustaría. Educada en un colegio religioso solo para niñas, su prima solía bromear y decirle que de allí solo salían «o monjas o putas o lesbianas». Y no, ella no era una monja. Aunque a veces tenía la sensación de que era la imagen que debía dar. Sobre todo en su época de universidad, cuando la ma-

yoría de sus compañeros estaban más predispuestos a la fiesta y las borracheras que a estudiar.

Por supuesto que a ella le gustaba salir a beber y tomarse algo. Pero nunca entendió los rollos de una noche, los líos con chicos que al día siguiente si te he visto no me acuerdo. Ella necesitaba algo más. Siempre había buscado una relación seria, formal; un compañero en la vida, no un polvo en el baño de una discoteca.

Y necesitaba una relación que pudiera denominar como normal. Quería que llegaran del trabajo y, mientras preparaban la cena, charlar sobre cómo había ido el día. No tener que hacerlo vía telefónica. Admiraba a Rubén, por mucho que bromeara y coqueteara con ella, por ser capaz de tener una relación así, por no cortar las alas de su mujer aunque eso significara no tenerla a su lado.

Notó su móvil vibrando en el interior de su bolso. Rubén se acercó hacia ella para hablarle en un susurro.

—Te apuesto una noche de pasión a que es tu devoto novio.

Lo miró levantando una ceja y, sin dignarse a contestarle, respondió a la llamada tras levantarse de la mesa.

—Hola, amor, ¿qué haces?

—Acabo de salir de una cirugía y quería saber cómo te iba, si ya habías tenido que dar tu discurso.

Salió de la sala y se apoyó en una de las columnas que decoraban el hall del hotel donde se realizaba semejante despilfarro.

—Sí. Ya me libré de él.

—Seguro que lo has hecho genial. Y que estás preciosa.

—Si vienes a buscarme podrás verlo por tus propios ojos. Además de librarme de todo esto.

—Me encantaría. Pero aún me quedan horas deambulando por el hospital. ¿Comemos mañana juntos? ¿Te paso a buscar?

—Perfecto. Entonces, ¿no hay manera de convencerte de que vengas a por mí? Te advierto que acaba de ganarme Rubén una noche de pasión.

—Acabará teniendo unas palabritas con tu jefe.

Gabriel se reía. De fondo se oyó cómo alguien requería su atención para hablarle de algún paciente. Suspiró. Esa breve conversación tocaba a su fin.

—Ada, tengo que colgar. Pásatelo muy bien. Relájate y mándame una foto para que vea lo guapa que estás.

—No cures mucho.

Y, tras mandarse un beso, colgaron. Luego se hizo una foto y se la mandó. Le hubiera gustado mandarle algún mensaje provocativo, algo que hiciera que él tuviera ganas de dejar su trabajo e ir a por ella. Sin embargo, no se le ocurrió nada.

Volvió al salón y vio a Rubén hablando con uno de los benefactores. Y no pudo evitar preguntarse cómo haría él con su mujer para mantener viva la llama. A ella le costaba hacerlo y solo llevaban poco menos de un año de relación.

## 2

Conoció a Gabriel casi de casualidad. Había acudido al hospital a dar una charla. A veces los médicos eran los menos receptivos a que un psicólogo fuera a decirles cómo podían mejorar en su trabajo. Pero eran una parte fundamental. Ellos eran, muchas veces, los primeros en poder dar la voz de alarma. Tenían un puesto clave. Y era fundamental que comprendieran y fueran capaces de ver algunas señales que, en muchas ocasiones, pasaban desapercibidas.

—No todos los niños que sufren maltrato vendrán a menudo a consulta. Las magulladuras, ojos morados e, incluso, quemaduras suelen ser «curados» en casa. Solo vendrán cuando el caso sea más grave. Y no podemos sospechar de cada niño con un brazo roto o una quemadura. Entonces, ¿cuándo sospechar? ¿Cuándo debemos poner a ese niño en «vigilancia»? ¿Qué señales son las que deben alertarnos?

»Los expedientes suelen darnos una serie de pautas: niños hipervigilantes, de conductas agresivas con rabietas severas; con una conducta sexual muy adelantada a su edad; antisociales... Y con padres que desprecian al niño en público, que alaban la disciplina estricta, que exhiben sus problemas familiares o de pareja. ¿Siguiendo estas pautas podemos descubrir si un niño está siendo maltratado? Por desgracia, no. Es mucho más complicado. Y por eso estamos aquí.

Suspiró. Dio un trago al vaso de agua que tenía y continuó con la charla. Algunos tomaban notas, otros solo escuchaban. Al menos ese día parecía que todo el mundo atendía. La charla terminó. No solo participó ella, por suerte. Otros especialistas dieron su opinión, su master class como parecía que se tenía que llamar ahora.

Bajó del estrado y se dirigió a la mesa donde reposaba una cafetera. Necesitaba café, mucho café. Le pasaba siempre que tenía que ir a un curso de esos. La noche entera despierta. Los nervios le podían.

Un chico alto y desgarbado se le acercó. Debía ser algo más joven que ella y tenía una dulce sonrisa.

—Perdone, doctora, ¿podría robarle unos minutos?

—Por supuesto, pero llámame Ada. ¿Alguna duda sobre lo que hemos hablado?

—No, no es eso. Sé que no es su trabajo pero... nuestra psicóloga aún no ha llegado y... bueno, era por si nos podía ayudar con un caso.

—¿Con un caso? ¿Creen que tienen un niño maltratado?

—No. No es eso. Es una chica. Tiene quince años. Su madre la ha traído hace un rato. Dice que llegó a casa llorando y con la ropa destrozada. Le hemos hecho las pruebas y tiene signos de haber sido violada.

—¿Signos? ¿La chica ha dicho algo?

—No. Solo llora. No sé si debería pedirle esto pero... no sé qué hacer.

Asintió con la cabeza y siguió al muchacho hasta la sala donde descansaba la paciente. Su madre estaba con ella,